

ALFA Y OMEGA  
UN MAESTRO DEL MINICUENTO

Por Helmer Castaño Londoño

He tenido el agrado de leer con especial delectación el libro de Javier Tafur, titulado "La Ardilla en el Maizal" y he quedado con esa extraña sensación que deja en el espíritu la obra de arte cuando se paladea y se consume con placer de sibarita, como debe hacerse con los buenos libros.

El autor de "Cuentos para Kremer" nos lleva en la fluida pureza de su lenguaje, a universos diferentes, y, lo mismo nos hace transitar por las fantásticas rutas de sus seres intangibles y oníricos, como también, de pronto, nos sitúa en una calle poblada de hombre y de niños que se debaten en el cotidiano tráfigo del diario acontecer.

Es, pues, un escritor maduro, que domina la pluma con maestría, y con un poder de síntesis excepcional, logra con la sinécdoque bien aplicada, tomar la parte por el todo y con una austeridad de palabras propio del minicuento, le da forma a una idea total, y es en este momento cuando alcanza su real dimensión del escritor con jerarquía.

Cada trabajo consignado en el libro nos muestra una faceta diferente de la realidad que vive el ser humano en cada una de sus diversas expresiones.

Podría decirse que es una literatura real-fantástica, a su manera auténtica, porque cada minicuento tiene el sello inconfundible del joven abogado caleño.

Al leer, por ejemplo, "El Emigrante", hallamos en el breve lapso de veinticuatro (24) palabras todo un conjunto de espacio y de tiempo. He aquí la alquimia que despoja de redundancia e inútil bazofia lo que debe ser la summa-perfecta de un breve trozo literario.

Aquellos relatos pragmáticos, casi científicos, tienen la virtud de haber sido escritos en un momento de inspiración suprema, solo así se pueden modelar historias completas en el corto espacio de cinco renglones. Tafur retiene el tiempo y lo acomoda en el Universo que va creando su mente de orfebre de la palabra, lo pule y luego lo echa a volar para que en sus nebulosas alas se pierdan los duendes y las muchachas de su infancia, luego regresa a buscarlo con la tardanza del ayer vivido y las pasiones actuales, porque en algunos pasajes enmuda intrincado mundo kafkiano y los indescifrables laberintos del Faulkner de la primera época.

Cuando el autor logra hacernos caer en la magia de su grama artística, es porque ha conseguido el objetivo deseado.

Partiendo de este punto, Javier Tafur es de los pocos escritores colombianos que han llevado su obra a una feliz culminación.

ALFA Y OMEGA

ESTUDIO ANALÍTICO SOBRE OCARINA

Por Helmer Castaño Londoño

En Colombia existen pocos poetas que cultiven el difícil género del haikú. Entre ellos podemos citar dos nombres ilustres, como son Humberto Senegal y Javier Tafur. El escritor caleño nos presenta una obra de gran contenido literario tal es el caso de Ocarina, en cuyas páginas discurre una poesía siempre renovada y dúctil, cargada de realismo y sencillez, como que dicho género tiene su raíz en el Japón, donde por tradición la poesía ha sido breve y llena de verdad absoluta. En la obra de Javier Tafur hay una poesía decantada, pulida al máximo, libre de artificio y redundancia y esta simplificación, a la postre, es la que nos muestra una poesía directa, no exenta de belleza y arte, donde el poeta, en un largo proceso de depuración nos presenta la suma real de su idea, colocando al lector en el contexto de su obra, como participe directo de su creación. Javier Tafur, en Ocarina, se presenta como un poeta integro y consumado. esa forma de condensar todo un paisaje o un acontecimiento en el corto espacio de uno o dos versos, tiene que ser obra de un verdadero maestro de la poesía. Allí radica la verdad del poeta:

“Libertad  
ayer te asesinaron varias veces”.

Cuanta poseía; cuanta verdad en esta sinécdoque, en la que se toma la parte por el todo, para hacer mención a la violencia, la ignominia, el irrespeto por la vida, y, tantas connotaciones que implica aquello de asesinar la libertad. Y así, uno a uno, los poemas de Ocarina nos van llevando por ese fantástico universo del arte y la belleza, hasta hacernos comprender que en la simplicidad de la naturaleza y la verdad expedita está la razón del mensaje del poeta. Gran cultor de Haikú es Javier Tafur. Su escuela oriental puede ser tomada como arte, religión o tema filosófico. Por tal motivo su verso escueto y desnudo tiene vocación por el amor espiritual y la naturaleza, como lo tiene la poesía de Ryokán e Issa.

En Colombia, el maestro del minicuento y la poesía breve, sigue iluminando con su quehacer literario el amplio firmamento de la literatura colombiana.

*Armenia, julio 15 de 1988*